

Capítulo 4

La memoria como andamiaje de los lugares simbólicos de la protesta

Daniel Ceceña Aispuro¹

<https://doi.org/10.61728/AE20256371>



¹ daniel.cecena23@uabc.edu.mx

Resumen

En la primavera de 1967, un grupo de estudiantes de la Universidad de Sonora que exigía elecciones libres dentro del partido de Estado convirtió un espacio que estaba previamente destinado al ocio en un lugar neurálgico para su protesta. Seguirían cerca de 20 años de movilización estudiantil y sindical, en los cuales esa plaza y sus alrededores serían el campo de batalla para miles de estudiantes que, en distintas generaciones, crearán un lugar simbólico que, hasta hoy, a casi más de 50 años de distancia, sigue siendo central para la protesta social en la ciudad.

Este artículo explora el proceso teórico y metodológico necesario para comprender los fenómenos existentes entre la memoria del movimiento estudiantil universitario, el espacio público y los ciclos de protesta, en torno al establecimiento de un lugar simbólico para casi todos los movimientos progresistas de Hermosillo.

Introducción

El 22 de enero de 2017 se realizó una marcha en Hermosillo, Sonora, en conjunto con otras a nivel nacional, en contra de las políticas del gobierno federal para controlar y aumentar el precio de las gasolinas en todo México. Aquella manifestación, que logró juntar a más de cuarenta mil personas (una cantidad extraordinaria para una ciudad que pocas veces toma las calles), comenzó el recorrido en la confluencia de los bulevares Valentín Gómez Farías y Eusebio Kino. A medida que avanzaba la marcha, poco a poco se fueron sumando más personas. Al llegar al cruce de la Avenida Rosales con el Bulevar Luis Encinas Johnson, sobre la Plaza Emiliana de Zubeldía, frente a la Universidad de Sonora, un numeroso contingente de personas, que ocupaba casi la mitad de la plaza y toda la explanada del museo de la Universidad, se unió a la marcha y esta duplicó su tamaño.

Habían pasado casi ocho años desde la última marcha multitudinaria, la que se dio tras los trágicos hechos del incendio de la Guardería ABC del 5 de junio de 2009. La protesta fue motivada por el incendio y la muerte de cuarenta y nueve niñas y niños en una guardería del Estado, así

como la ausencia de responsabilidades gubernamentales. En los meses siguientes, en los que ocupar las calles fue una constante en la ciudad, se presentaron similitudes entre ambos movimientos, a pesar de los distintos motivos de las movilizaciones, desde el grupo de personas que acudían a ellas, las consignas, las rutas de la marcha y los lugares de reunión, sobre todo la zona que rodea la Plaza Emiliana de Zubeldía.

Tres años atrás, en julio de 2006, la Plaza Emiliana de Zubeldía se había convertido en el punto neurálgico del movimiento contra el fraude electoral de ese año, para el estado. De ahí salieron marchas, se tomaron las calles, se organizaron eventos o se escribieron consignas. De nuevo, las mismas o casi las mismas personas, marchas, consignas y formas de protesta se conglomeraron en la zona alrededor de la plaza, funcionando esta como una especie de amalgama para la protesta social hermosillense y sonorense.

¿Cómo se llegó a esto? ¿Por qué un espacio que no está asociado con la autoridad estatal (dado que no se encuentra rodeado por ningún edificio gubernamental, eclesiástico o empresarial) es utilizado por distintos grupos sociales para hacer escuchar sus demandas a las autoridades? ¿Cómo y cuándo se convirtió en un espacio simbólico? ¿Por qué un espacio esencialmente entendido y vivido como estudiantil (legalmente la Plaza Emiliana de Zubeldía no es parte de la Universidad de Sonora, sino del municipio de Hermosillo) también es constantemente usado por grupos extrauniversitarios que no tienen intereses dentro de la institución? ¿Por qué es tan destacado y aceptado el rol que juegan ciertos grupos intergeneracionales en los nuevos movimientos sociales sonorenses?

Muchos de los organizadores y participantes de estos movimientos habían estado involucrados en diferentes etapas del movimiento estudiantil sonorense del siglo XX, en las jornadas del 67, del 74 o del 78. El vínculo que se creó entre aquellas generaciones al imaginar y tratar de cambiar la sociedad durante sus años de estudiantes seguía vivo y enfocado, desde una cierta perspectiva, en la misma dirección. Estos actores sociales no eran el producto de un solo movimiento social, sino el resultado de la interacción de distintos momentos históricos en los mismos espacios sociales. Es justamente este desarrollo histórico de la movilización estudiantil de izquierda la génesis de la ocupación del espacio en la capital sonorense.

El movimiento estudiantil sonorense se da dentro del contexto nacional del 68, así como en el internacional de los largos sesentas. Estos procesos sociohistóricos modificaron las dinámicas de protesta y de ocupación del espacio público, a partir de la afirmación de un sentimiento de ciudadanía e identidad social hasta entonces nunca visto. Esas ideas acompañarán a lo largo de sus vidas a todos aquellos que participaron en las protestas y regirán sus pensamientos y acciones. De esta forma, las relaciones sociales dieron un giro mayúsculo, trascendiendo del objetivo primario de reformar el Estado a la recomposición de los valores sociales dentro de los grupos movilizados (Cohen y Frazier, 2004).

Por lo tanto, planteo dos consideraciones que atravesaron al movimiento estudiantil sonorense que cimentó las bases para la ocupación de la Plaza Emiliana de Zubeldía y sus alrededores:

Primera, este periodo de movilización social, al igual que otros en la década de 1960, estuvo influenciado por una particular coyuntura internacional. Fueron en esos espacios y en esos tiempos que una generación aprendió y actuó, y fueron en esos mismos espacios donde esos jóvenes (ya adultos) fueron pasando la batuta a las nuevas generaciones para que fueran ellos los que tomaran las riendas de las luchas por venir (Estévez, 2018).

Segunda, este proceso se da en la llamada periferia de los grandes movimientos estudiantiles del país. Es importante entender esto, ya que, como sostiene Chakrabarty (2008), los márgenes son tan plurales y diversos como el centro. Esto nos da una oportunidad de entender la ocupación del espacio público en contextos de movilización nacional en una ciudad que podría parecer tan remota comparada con lo que estaba pasando en Ciudad de México, con un movimiento que desarrolló sus particularidades a lo largo del proceso.

Marco teórico-conceptual

Es pertinente aclarar que el presente artículo es solamente parte de un trabajo más amplio, por lo que aquí solo se aborda la parte teórica-metodológica de este. La investigación plantea entender al movimiento estudiantil sonorense en sus distintas etapas como un ciclo de protesta y

analizar cómo ese proceso creó lugares simbólicos para la sociedad, en los cuales, aun hoy en día, se encuentran y entrelazan las distintas narrativas históricas de diversos grupos sociales que conquistaron estos espacios. De la misma forma, la investigación persigue una utilidad social, ya que, como lo ha dicho la historiadora Dora Schwarzstein (2002): “Este cambio de orientación desde el futuro hacia el pasado y la renegociación del pasado en el discurso de la memoria determinan las maneras en que entendemos la contemporaneidad y tendrá indudables consecuencias sobre el futuro”.

El objetivo de la investigación fue determinar cuáles son los procesos de ocupación y conquista del espacio público, desarrollados dentro del ciclo de protesta del movimiento estudiantil sonorense, que condujeron al establecimiento de la Plaza Emiliana de Zubeldía y sus alrededores² como lugares de memoria. Para lograr esto, primeramente, se determinó que lo que hasta este momento se ha entendido como tres movimientos estudiantiles diferentes, en realidad es parte de un solo ciclo de protestas estudiantiles, según lo que nos dice Tarrow (1989), analizando las continuidades que existen entre los actores involucrados, determinando cuál es el repertorio de protesta que se usa y su factor de innovación; y segundo, se observó, por medio de testimonios, cómo la ocupación de los lugares crea cargas simbólicas que son legibles para una comunidad imaginada.

Dentro de la categorización como ciclo de protesta, se desarrollaron tres constantes: la primera de ellas son los actores colectivos,³ de los cuales se diferencian tres principales: 1) Los estudiantes, aglomerados alrededor de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora. Las características de estos sujetos sociales tienden a estar asociadas a jóvenes con futuros inciertos, al igual que horizontes y expectativas políticas que se les cierran o que nunca se les abrieron, pero que la coyuntura pareciera destapar; mayoritariamente pertenecen a las clases

² Nos referimos a los alrededores al espacio ubicado entre las escalinatas del edificio Museo y Biblioteca de la Universidad de Sonora, pasando por la Plaza Emiliana de Zubeldía, hasta las escalinatas del edificio de Rectoría.

³ Del mismo modo, se busca identificar aquellos promotores sociales que se mantuvieron a lo largo del todo el ciclo de protesta, y con su trabajo fueron otorgándole el simbolismo a la plaza.

medias (Antenas, 2015), pero también a clases trabajadoras. Son sujetos heterogéneos, con experiencias generacionales diversas e inmersos en distintos contextos de clases y género, las cuales crearon circunstancias de vida diferentes que los llevaron a actuar de distintas maneras a la hora de participar en las acciones colectivas. No existe, pues, una sola forma de pensar en estos grupos. 2) Las autoridades, tanto estatales como universitarias, que se opusieron a las demandas de los estudiantes y que usaron la represión e intimidación para acabar con el movimiento. 3) los medios de comunicación. Estos se dividen, claramente a partir de 1967, en tres grupos: los afines al gobierno, representados por el periódico *El Sonorense*; los que caen bajo intereses empresariales o de las élites económicas, principalmente *El Imparcial*; y aquellos que apoyaron y publicaron la narrativa de los estudiantes, hasta 1969, en menor medida representados por el programa televisivo de Abelardo Casanova y, posteriormente, por el periódico *Información*, propiedad también de Casanova.

La segunda constante son las formas de protesta o repertorio de protesta. Si bien existe una diversidad de técnicas usadas durante los años aquí referidos, se buscó ver el factor de innovación existente en conjunción con el uso de formas más establecidas dentro de los procesos de protesta. Estas se desarrollan en acciones colectivas que son principalmente *performances* artísticas, marchas, mítines, huelgas y bloqueos, hasta daños a la propiedad, disturbios y agresiones evidentes hacia otros individuos realizadas por los sujetos sociales; estas son las principales constantes de la investigación. La elección de estos repertorios de protesta se da debido a los marcos interpretativos que tienen los actores sociales en contextos específicos, así como los objetivos del movimiento y la sincronización de la protesta dentro de la ola o ciclo de protesta (Inclán, 2017).

Por último, la tercera constante se refiere a la creación de los simbolismos en los lugares públicos, específicamente el área analizada. Esto se logra a través de los momentos y sucesos que marcan y transforman definitivamente el uso y la forma de entender ciertos lugares. Estos pueden ser eventos de represión y violencia, los cuales crean heridas que permanecen abiertas y siguen doliendo con el paso del tiempo, pero hay también acciones que dan un sentimiento de triunfo o de unidad que crean identidad dentro de los actores colectivos. Aquí entran en juego,

principalmente, las narrativas creadas por una comunidad imaginada, en este caso la estudiantil, sobre los sucesos que marcaron el espacio. Esta investigación se centra en el estudio de los procesos de convergencia de las narrativas que llevan al establecimiento de lugares simbólicos y, posteriormente, a la creación de lugares de memoria.

Se dio más peso a los actores sociales⁴ que participaron en las acciones colectivas sin un rol protagónico, aunque es importante destacar que muchos de los que empezaron con roles no activos durante las protestas, fueron asumiéndolos en los siguientes picos del ciclo de protesta. Cohen y Frazier (2004) argumentan que trasladar el foco de atención de los líderes a las bases militantes permite romper ciertas barreras de pensamiento que existían en la época, así como acercarnos más a los cambios generacionales, sociales y culturales que se vivieron entre los integrantes del movimiento. Por ejemplo, los puestos de dirigencia estudiantiles hasta la década de 1980 estaban, en su mayoría, cerrados para las mujeres. Por esta razón, al enfocarnos solamente en los líderes, se omite la perspectiva de género, ya que en las bases la idea de la participación política de la mujer era cada vez más amplia.

Para lograr estos propósitos, se tomó por marco teórico básico tres ejes formativos. En primer lugar, en el caso de los movimientos sociales y ciclos de protesta, se han considerado de particular utilidad los trabajos de Sidney Tarrow, que tanto en *Democracy and Disorder* (1989) como en *Struggling to Reform* (1983) y en *Power in Movement* (2011), clarifican definiciones conceptuales claves, así como ejemplos prácticos de la aplicación de estas teorías. La tesis que Tarrow desarrolla en estos tres libros se centra en que, si bien la gente sale y toma las calles para protestar cuando siente que se han realizado injusticias o que existen oportunidades de las cuales aprovecharse, un ciclo de protesta solo se produce cuando las divisiones estructurales son tanto visibles como profundas, y cuando las oportunidades para la protesta masiva se dan dentro del sistema político. Para Tarrow (1989), es este el momento en

⁴ Son estos sujetos sociales, en las interacciones con las instituciones mediante la acción política (caracterizados por la lucha entre fuerzas y proyectos políticos) que se da dentro de los procesos de conquista del espacio público, los que permiten los cambios o aperturas dentro de los sistemas políticos más que la voluntad de los líderes de las instituciones (Favela, 2005).

que se proveen los modelos de disrupción, el personal, las cuestiones y los marcos de interpretación de significados que dan paso a un incremento en formas de protestas más convencionales dentro de la política (si bien no todos los organizadores optan por las formas convencionales; algunos se radicalizan y tienden más a la violencia). Por último, el ciclo declina a través de una combinación de violencia y creciente institucionalización.

Desde esta visión, es posible entender ciertas dinámicas que van más allá de sus espacios geográficos próximos, como lo fueron la internacionalidad del movimiento, al estar más relacionado con lo que se producía culturalmente en los movimientos sociales de los Estados Unidos (por lo menos durante la primera etapa) que con lo del centro del país; o también la acción y trascendencia de sus líderes en distintos ámbitos políticos y académicos, quienes dejaron atrás su ciudad natal. El análisis de los libros de Tarrow permite generar una comprensión específica de las características necesarias para entender una acción colectiva como ciclo de protesta, uno de los ejes centrales de la presente investigación, así como entender la aplicación práctica en casos de estudio específicos.

El otro eje es el referente a la memoria.⁵ En este punto, la literatura gira alrededor de cuatro libros que forman parte de la serie *Memorias de la Represión*, que presenta los resultados de un programa desarrollado por el Panel Regional de América Latina (RAP) del *Social Science Research Council*, con el propósito de promover la investigación y la formación de investigadores sobre las memorias de la represión política en el Cono Sur (da Silva y Jelin 2002, VII). Estas obras comprenden trabajos de cerca de 60 investigadores de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú, Uruguay y los Estados Unidos.

⁵ Ante la poca producción académica que existe en México sobre lugares y memoria, y los reducidos estudios que abordan las luchas y apropiaciones sociales y políticas posteriores al establecimiento de un lugar, es útil reparar en las resignificaciones de los sentidos del pasado y del propio espacio que pueden darse a medida que el tiempo cambia su objetivo inicial (Jelin 2002). Los objetivos de la lucha y la memoria van más allá de un simple intento monumentalista heroico de los periodos históricos de construcción de la nación moderna o de la historia oficial (Jelin y Langland 2003). Los lugares representan marcas físicas y territorios en espacios vividos y transitados cotidianamente, espacios donde la comunidad se encuentra, se analiza y revaloriza sus valores e ideales, poniéndose a la luz de un pasado que creía olvidado.

La serie cuenta con diez libros en total, que tratan con distintos enfoques a la memoria, tales como conmemoraciones, arte, los archivos, monumentos, luchas locales, educación, intervención de la iglesia, imágenes, memorias militares y movimientos juveniles. No todos los temas ayudan a desarrollar el presente objeto de estudio, por lo que me concentré en aquellos que dieran contexto o trataran directamente sobre lugares de la memoria y la incorporación de nuevos actores a la lucha. Estos son: Los trabajos de la memoria; monumento, memoriales y marcas territoriales; los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad; y por último, El pasado en el futuro: los movimientos juveniles.

La selección de las fuentes mencionadas se basa en la importancia que tiene la serie de la Dra. Elizabeth Jelin en el panorama latinoamericano, al contar con diferentes investigadores del Cono Sur, tratarse de autores con una importante producción sobre memoria, reunir casos representativos de las formas en las que la memoria es tratada en esos países, así como incluir casos emblemáticos en el uso de las herramientas de memoria. En el caso particular del volumen de la fundación Böll, su selección obedece a la pertinencia de la cooperación entre las academias alemana y latinoamericana, lo que permite comparar perspectivas y experiencias.

En tercer lugar, respecto del espacio, han sido de utilidad escritos como *The Production of Space* de Henri Lefebvre y *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution* de David Harvey. El primero, una referencia indispensable en el marco de los estudios clásicos, al ocuparse particularmente del estudio del espacio público. El segundo, como obra esencial para abordar el problema del estudio del espacio público y sus usos dentro de las ciudades desde una perspectiva contemporánea, al destacar la importancia estratégica del espacio para los movimientos sociales. En este sentido, la ocupación constante de la Plaza Emiliana de Zubeldía por grupos con afinidad a la izquierda política comenzó a partir del involucramiento de los estudiantes universitarios como actores políticos durante 1967. Pero, desde entonces y durante más de 50 años, las manifestaciones y ocupaciones del área que rodea la plaza se volvieron eventos rituales que trascendieron a los mismos estudiantes.

El espacio público en disputa

Si se analiza el desarrollo de las redes entre actores/organizadores, las instituciones, las formas de protesta, los canales de comunicación (marcos, tácticas, imágenes y normas) y el impacto social que tuvieron, es posible demarcar claramente los mecanismos de difusión y apreciar que las consecuencias que estos tuvieron fueron más allá de las planteadas por los actores involucrados y los beneficiarios de los movimientos. Los movimientos sociales influyentes son capaces de permear en toda la opinión pública (Inclán, 2017) y en sus comportamientos, como en este caso, en cómo se entiende al espacio público. La importancia de analizar la relación entre manifestaciones y espacio público reside, como dicen Butler y Martínez (2012), en que es un espacio constantemente en disputa entre los actores involucrados, ya que la existencia de estos movimientos depende de la calle, de la plaza, de la acera.⁶ El espacio público, durante una crisis política/social, se simplifica mientras el movimiento que se desprende de la misma cruza fronteras y se expande por toda la esfera pública (Antentas, 2015).

La existencia de un espacio público para concentrarse, manifestar el descontento social y protestar en contra del sistema es primordial en todas las ciudades. Estos lugares parecen estar predeterminados por un acuerdo social no escrito, cuyos símbolos impulsan o aumentan el valor de una protesta. Son lugares que parecen contar con características que los hacen idóneos para la protesta: su visibilidad, sus simbolismos grabados en la historia, su tamaño y monumentalidad (Umaña, 2014). Estas son características ganadas u otorgadas por actores y movimientos que, poco a poco, fueron dejando una parte de sí, hasta crear un espacio propio en el cual se juntan y atan las narrativas de cada uno de ellos para crear una representación física de sus memorias, un lugar de memoria.

Un lugar de memoria es la materialización de esta a través de una

⁶ Inclusive Butler y Martínez (2012) señalan que hay ocasiones donde las multitudes desbordan la plaza, y llevan sus agravios a los vecindarios. Es justamente aquí donde la política ya “no se define como la actividad exclusiva de la esfera pública distinta de la privada; en su lugar, cruza esa línea una y otra vez, llamando la atención sobre la forma en la que la política ya se encuentra en el hogar, o en la calle, o en el vecindario”.

representación que busca preservar y evocar algo en las personas, un sentimiento, una remembranza. Esta acción muchas veces no se da en un ambiente sin disputa; al contrario, el establecer estos lugares se da en medio de una lucha con otros actores que tienen intereses específicos en juego y buscan ocultar, hacer olvidar o desacreditar ciertas historias. Por ello, es por lo que la memoria es obstinada, no se queda atrás, en el pasado, lucha por volver a salir en momentos en que el tejido social sufre un quiebre o una perturbación (Jelin 2002). Este resurgir trae a debate problemas que parecían olvidados, o superados; transmite mentalidades e identidades a las nuevas generaciones, donde las antiguas y no resueltas consignas encuentran otras voces a través de las cuales serán transmitidas.

Para poder conocer el proceso de ocupación del espacio público y la construcción de lugares de memoria, se utilizó principalmente la investigación de bibliografía sobre el tema, apoyada de trabajo hemerográfico, así como entrevistas realizadas a líderes de diferentes picos del ciclo de protestas. Pero, como ya se dijo, también se trató de dar voz a aquellos cuya participación fue más bien circunstancial, aunque esta cambió sus vidas y perspectivas del mundo. Las entrevistas constaron de un total de 20 preguntas abiertas, que fueron respondidas ya sea de manera narrativa o concisa. Siguiendo lo puntualizado por Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez (2017) en su libro *El Intelectual Mexicano* (que inspiró la construcción de estas entrevistas), se dejó que el entrevistado se extendiera en sus narrativas, ya que la forma en que se articulan los recuerdos y los olvidos también es fuente de información y significado. Por esta razón, no se eliminaron las distintas versiones de un mismo hecho o proceso.

Se realizó un total de 20 entrevistas, en su mayoría a profesores de la Universidad de Sonora, durante el invierno de 2016 al verano de 2019. El acercamiento con los actores sociales de las diferentes etapas del ciclo se realizó por medio del Dr. José Luis Soto, quien amablemente proporcionó una lista y los contactos con los partícipes de los movimientos. El instrumento fue un cuestionario conteniendo un total de 24 preguntas relacionadas con la introducción y experiencia de los entrevistados en el movimiento, el cambio generacional y sus sentimientos hacia los lugares analizados. Al final de la entrevista, se buscó saber la

opinión de los entrevistados sobre el establecimiento de un memorial a los movimientos estudiantiles (y otros) en la plaza Emiliana de Zubeldía, ya que los que actualmente existen son rechazados como tales por los exactivistas. La respuesta, casi en su mayoría, fue positiva. Si bien este hallazgo se traduce en un aporte adicional de este estudio, igualmente valiosa es la participación de la gente común durante las movilizaciones y el establecimiento de nuevas narrativas sociales. Ante lo que parece ser el fracaso constante de las protestas en Hermosillo, estudiar el ciclo en su conjunto, así como el establecimiento de los lugares, evidencia, sin duda, que cuando las olas de protesta rompen con una determinada sociedad, no es porque los líderes⁷ avivaron las aguas del descontento, sino porque la gente común se atrevió a reivindicar sus derechos y beneficios que pensaron como propios (Tarrow, 1989).

Tanto movimientos sociales como estudios sobre memoria son temas que, debido a su vaguedad conceptual y metodológica, representan grandes desafíos para cualquier investigador, sobre todo porque los primeros se tienen que adaptar y actualizar a la constante creación de nuevos conceptos que intentan explicar las nuevas formas, tácticas, causas y demandas, puesto que los antiguos no pueden hacerlo. La proliferación conceptual consecuente ha producido desasosiego en los estudiosos de los movimientos de protesta. Tarrow (1989) propone que la forma de evitar esto es comprender que los movimientos sociales no inventan formas de contención desde la nada, sino que innovan dentro y alrededor de los repertorios ya establecidos en la cultura (Inclán, 2017). Por otra parte, como lo dice Wulf Kansteiner (2002), la memoria se ha vuelto claramente un concepto central en las humanidades y las ciencias sociales, pero permanece difusa en qué medida esta convergencia refleja la realidad de los intereses intelectuales y metodológicos comunes.

⁷ El papel de los líderes es también del de inventar, adaptar y combinar varias formas de contención para ganar el apoyo de la gente, que de otra manera se quedaría en casa (Tarrow, 2011).

La Plaza Emiliana de Zubeldía como lugar simbólico

El desarrollo del ciclo de protesta iniciado en 1967 y terminado en 1983, tras la institucionalización del movimiento estudiantil al incorporarse a la administración de la Universidad de Sonora, presenta elementos clave para entender el porqué de movilizaciones sociales de larga duración y con actores de distintas índoles y sus características en regiones periféricas, como lo es Sonora y, en particular, Hermosillo. La unión de diferentes actores que forman coaliciones depende del entendimiento de que existen intereses comunes, así como en la creación de redes sociales, estructuras que sirvan para conectar a los involucrados y el uso de acciones culturales que tengan resonancia en la comunidad. Es así como vemos que la unión de los estudiantes con los sindicatos o con otros colectivos busca objetivos conjuntos en los que ambos grupos obtuvieran beneficios de las alianzas creadas, en momentos en que los patrones de oportunidades políticas cambian o se dislocan. Esto se dio no solo haciendo acuerdos, sino usando estratégicamente un repertorio de acciones colectivas, lo que generó nuevas oportunidades que, a su vez, fueron aprovechadas por otros para ampliar las bases de los ciclos de protesta (Tarrow, 2011).

Los repertorios y performances que mantienen su significado original en la memoria popular, nos dice Tarrow (2011), continúan siendo reutilizados en las formas de hacer política popular. Estas familiaridades culturales en las maneras de protestar y hacer política crean lugares simbólicos que se van constituyendo como espacios donde se resuelven las diferencias políticas de los grupos en conflicto. Sólo así podemos entender el papel protagónico que sigue teniendo este corredor de protesta, el museo y biblioteca, la plaza Emiliana de Zubeldía y, en menor medida, las escalinatas de rectoría.

Estos lugares se dotaron de simbolismos al conquistarlos durante la movilización estudiantil del ciclo de protesta durante los quince años de duración. Pasaron a formar parte de un colectivo mayor del que inicialmente lo ocupó, sin tener una fecha o un evento especial que marcara el lugar. Se fue formando, en cambio, por medio del uso continuo, en un proceso que pasó desapercibido para muchos de los que lo ocuparon:

No nos dimos cuenta, de pronto era de nosotros, pasa algún agravio y ahí estamos, pasa esto y a la Zubeldía, entonces ah caray, este es nuestro espacio, o sea, no me doy cuenta si no me lo dicen, se da como de una manera natural, llegamos a protestar y a la Zubeldía, porque incluso con lo de Ayotzinapa se hace ahí inicialmente [...] Pero cualquier cosa que se quiere hacer, es a la Zubeldía, se quiere hacer un mitin, una cuestión artística es ahí, lo otros son que la gente nos vea. (...) Se convierten en un símbolo. Si yo, si llega un momento que surge una protesta, por x agravio, por x razón, de ahí vuelve a surgir con el tiempo otra protesta con características o tintes parecidos, vuelve a ser ese lugar (Entrevista a Ramón Vidal realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 07.01.2018).

Este proceso de formación simbólica se construye con base en las banderas e ideologías de ciertos grupos, que por lo mismo parece repeler a colectivos con ideas distintas. La plaza y sus alrededores funcionan como un ágora para una parte de la comunidad sonorense que no está representada políticamente. Para el historiador Dr. Aarón Grageda, esta lógica parece quedar clara ante las dinámicas empleadas en la ocupación de este corredor de protesta:

Sí, efectivamente [la derecha] se reúnen atrás del museo [...] Entonces por eso a lo mejor y, rectificaría la tesis mía, en el sentido de que el espacio simbólico, las escalinatas del museo son un espacio para una manifestación liberal, ¿no? Discursiva ¿no? Donde cabe el movimiento ABC, donde caben las protestas contra el gasolinazo, el movimiento estudiantil antiimposicionista, donde caben las reivindicaciones sociales, más no movimiento que son en esta lógica menos conquistas social, pues no (Entrevista a Aarón Grageda realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 08.01.2018).

Estos sentidos y símbolos de discusión y creación de identidades políticas quedan inscritos en las comunidades. De esta forma, personas que no participaron en las protestas estudiantiles, de ninguna manera, vinculan este espacio con las prácticas de vida pública y de lucha, como lo es el caso con Lorenia López (Entrevista realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 07.01.2018), quien asocia inmediatamente estos lugares con algo específico:

... con la democracia, o sea, la gente que realmente, y esperemos que así siga siendo, que está luchando y está indignada, que quiere un México mejor, casi todo se hace ahí, lo del ABC durante mucho tiempo fueron ahí. Hoy ya no se puede porque llega mucha gente, no se puede tener reuniones serias. Pero los movimientos de protesta son ahí, ahí están nuestras cruces, ahí está todo.

Se puede observar que, dentro de estas dinámicas de uso y ocupación del espacio, existen sentidos autoexcluyentes para ciertos grupos políticamente identificados. Estas identidades colectivas se ataron a estos lugares a través del movimiento estudiantil, el cual los transformó de espacios de convivencia en centros colectivos donde se desarrollaron acontecimientos que marcaron a generaciones de estudiantes y que quedaron inscritos para las nuevas generaciones que ocuparon este corredor de protesta. Es, pues, un espacio donde se materializa la memoria y se vierte en los nuevos movimientos que lo ocupan. El movimiento estudiantil en Sonora sirve como anclaje con aquellos movimientos sociales que se les dificulta ser reivindicados entre la comunidad, ya que el carácter mismo de la efervescencia universitaria de los setenta y ochenta los asocia en una lucha que aún está vigente. Esto transforma al espacio en algo propio para colectivos que no participaron en el ciclo de protesta, un lugar donde son bienvenidos:

...el movimiento universitario siempre ha estado ligado a causas externas, es decir, por supuesto han existido con movimientos con causa interna, pero esos son como medios efímeros, no se sostienen ¿verdad? Y creo que el movimiento estudiantil es un movimiento como, en los periodos de reflujo como apoyador, simpatiza con causas las apoya, hasta la fecha me parece (Entrevista a José Luis Soto realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 11.02.2020).

La plaza y sus alrededores son un marcador espacial de aquella transformación que empezó en el ciclo de protesta, un proceso que buscó ocupar las calles para luego ocupar las instituciones, y que se revive cada vez que ese espacio es ocupado durante las protestas sociales. Este lugar, donde las narrativas de quienes lo vivieron se juntan y entrelazan con el

presente de quienes lo ocupan por primera vez, además de crear sentidos de pertenencia, establece una conexión entre sí:

...porque se va a lograr algo con la protesta ahí, como nosotros en nuestro tiempo algo logramos, si no mucho pues algo siento que también, o por lo menos que la ciudadanía voltee a verlos, se les apoya. Siento simpatía por ellos, aunque sean movimientos que no tengan que ver con estudiantes, así como fue el movimiento de la guardería (Entrevista a Leticia Aispuro realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 13.02.2020).

Estos espacios han sido apropiados, no por poderes hegemónicos, sino por un poder público que permite su supervivencia ante una necesidad de reivindicación que sigue sin ser resuelta. Es así como las diferentes narrativas se sobreponen en un mismo espacio. El Movimiento 5 de junio hizo suyo este corredor de protesta justamente por esto; para muchos de ellos, fue natural acudir a la Plaza Emiliana de Zubeldía para denunciar las injusticias cometidas contra sus familiares:

(...) a Emilia la sepultamos el siete de junio (...) el nueve de junio le dije a la abuela de Emilia, vamos a la plaza, tenemos que salir, con estar llorando no vamos a remediar nada, tenemos que [reunimos]. No sé si los primeros cinco o quince días, los artistas de localidad (...), la gente se empezó a manifestar en todas sus expresiones, y se pusieron unos tubos, y ahí escribíamos, íbamos y escribíamos, algo un recuerdo para el niño o la niña que estaban en su corazón, desde ese momento supe que la plaza era de nosotros y va a seguir siendo de nosotros, aunque traten de quitárnoslo no lo vamos a permitir (Entrevista a Lorenia López realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 07.01.2018).

De la misma forma, otros movimientos, como ya se mencionó, han hecho de este espacio uno propio, que están dispuestos a compartir con otros, incluso en algunos casos con grupos contrarios a sus visiones, ya que para ellos estos lugares representan justamente eso, la libertad de exigir justicia por medio de la democracia.

La selección de los lugares a estudiar conlleva, necesariamente, dejar de lado ciertas memorias que también pueden reclamar estos espacios

como suyos, memorias divergentes que crean fricciones entre ellas y que intentan imponerse unas sobre otras. Existieron grupos que se separaron del gran conjunto de estudiantes durante la institucionalización y el posterior conflicto de 1991, los cuales han tratado de establecer sus propios lugares legitimados desde el poder. Un ejemplo de esto son dos placas que se encuentran justo en la entrada principal de la Universidad de Sonora. La más próxima a la rectoría recuerda la represión vivida durante el movimiento de 1973, mientras que la segunda aborda la incursión del ejército en 1967.

Ambas placas fueron colocadas por grupos de poder de la universidad, que tienen poca relación con aquellos que aún luchan y que, en repetidas ocasiones, son contrarios a estos. Durante el desarrollo de este proyecto, pregunté a los entrevistados su opinión sobre dichos memoriales. Encontré que la mayoría opinaba que, para ellos, estas placas no los representaban, ya que el grupo que las colocó era contrario y, más que una reivindicación, las sentían como una apropiación de todo un momento histórico por parte de un grupo privilegiado. Lamentablemente, no pude reproducir todas las entrevistas que realicé, ya que, a finales de 2019, fui víctima de un robo y, entre las cosas que se llevaron, estaba mi computadora y la información ahí guardada (salvo unas cuantas entrevistas que aún tenía en la grabadora). Sin embargo, creo que Aarón Grageda (entrevista realizada por Daniel Ceceña, Hermosillo, Sonora, 08.01.2018) lo resume de forma magistral:

Yo creo que no cumplen una función, necesariamente una función mnemónica adecuada, en el sentido de que fueron puestos por un rector que es parte de esa generación (...) la placa de mármol que está cerca de la entrada, la del 67, lo hizo más con fines de su relación con el grupo político al que pertenecía, más que por una convicción o reivindicación social ¿no? Lo impone la autoridad, más no la sociedad civil organizada, en ese sentido, desde mi punto de vista carece de todo peso sentimental, dramático, nada absolutamente. Pero es mi opinión.

Los trabajos de memoria y, en especial, los lugares de memoria han sido poco desarrollados en México, con excepción de las investigaciones de Eugenia Allier, las cuales se concentran en la Plaza de las Tres Culturas

en Tlatelolco, Ciudad de México, así como en las formas en que se ha representado la memoria de este movimiento a lo largo del desarrollo democrático del país. Existe también otra vertiente de investigaciones que se centra en las políticas de memoria, verdad y reparación. Historiadores como Adela Cedillo, Camilo Vicente, Francisco Ávila, Luciano Concheiro y Fritz Glockner, entre otros, rescatan las memorias y narrativas de aquellos actores sociales que sufrieron la violencia Estatal durante los años sesenta, setenta y ochenta, con un enfoque particular en regiones periféricas del país.

Este cambio de perspectiva, que pone a la periferia sobre la mesa y descentraliza el análisis, permite observar el panorama completo más allá del movimiento estudiantil del 68 de la Ciudad de México. La importancia que tuvieron otras regiones para el desarrollo de organizaciones estudiantiles fue mayor en la periferia que en el centro. Fuertes organizaciones estudiantiles se desarrollaron en las universidades de Puebla, Monterrey, Sinaloa y Guadalajara, entre otras. Estos movimientos se vincularon estrechamente con organizaciones guerrilleras y sindicalistas, en las cuales militaron estudiantes de estas regiones principalmente. La experiencia adquirida en esos momentos luego fue posteriormente aplicada en la política nacional desde la misma Ciudad de México. Quitar el protagonismo a la capital del país, que presenta sectores movilizadas con características muy definidas, tanto sociales como culturales, para enfocarnos en otras regiones, no solo permite entender el desarrollo de organizaciones y su injerencia en la política nacional, sino también cómo se formaron los actores colectivos que militaron en estos organismos estudiantiles y políticos.

Por último, esto también pone en relieve la necesidad de trabajos académicos que aborden a las juventudes de esos años para comprender cómo estas fueron portadoras de una modernización socioeconómica y cultural que, junto con una radicalización política, transformó sociedades periféricas por completo. Es necesaria esta aproximación, de forma similar a como lo ha hecho de manera excepcional Valeria Manzano con su trabajo *La era de la Juventud en Argentina: Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* (2017), para comprender las formas de construir una generación desde las calles y los libros, así como las

decisiones que llevaron a tomar caminos tan distintos como lo fueron la militancia en organizaciones civiles o clandestinas. En este sentido, el presente estudio pone a la luz una pequeña parte de aquellas miles de voces en Sonora que han sido opacadas por el gran movimiento del 68 en México y la inercia de la movilización social en Sonora. Vidas que cambiaron durante los 15 años del ciclo de protesta y que quedaron inscritas en las memorias de un lugar común, de un ágora conquistada a base de fracasos y triunfos de varias generaciones, pero que sigue guiando a aquellas nuevas que incursionan en la protesta social.

Conclusiones

El espacio público tiene una función que abarca los ámbitos sociales, políticos y mnemónicos. Esto es particularmente apreciable al momento de su ocupación por un grupo, pero sobre todo en la construcción y simbolización de los llamados lugares de memoria. Es por esto que el espacio público es fundamental para entender la relación que se crea entre los individuos, la sociedad y sus lugares habitados.

La idea de este concepto ha sido tratada por diferentes autores y ha ido desarrollándose a lo largo del tiempo de distintas maneras. Para la politóloga alemana Hannah Arendt (2005), este es el espacio de representación donde se desarrolla la acción política, idea que se puede remontar a la polis griega, no como representación física (ciudad-Estado), sino en el sentido de organización social. Es, entonces, fundamental entender este espacio como lugar donde la gente se organiza, actúa y dialoga. El espacio es, pues, la sociedad, los actores colectivos, más que el lugar físico.

Por esta razón, para Arendt lo importante es la alianza que se crea entre las personas, ya que esta no está ligada necesariamente a una ubicación, sino que trae consigo una ubicación propia, que en muchos casos puede ser transitoria (Butler y Martínez, 2012). Es necesario remarcar que lo importante son los actores que organizan la acción política. El espacio público no es un lugar estático, es una construcción social que adquiere su significado por medio de estas acciones.

Bibliografía

- Antentas, J. (2015). Spain: the indignados rebellion of 2011 in perspective, *Labor History*, 56(2), 136-160.
- Arendt, Hanah. 2005. *La condición humana*. Ediciones Paidós.
- Butler, J. y Martínez, R. (2012). La alianza de los cuerpos y la política de la calle. *Debate Feminista*, 46, 91-113.
- Chakrabarty, D. (2008). *Provincializing Europe: postcolonial thought and historical difference*. Princeton Univ. Press.
- Cohen, D. y Frazier, L. (2004). México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las “mujeres” en las calles. *Estudios Sociológicos*, 22(66), 591 – 623.
- Concheiro, L. y Rodríguez, A. (2011). *El Intelectual Mexicano: Una Especie en Peligro de Extinción*. Taururs
- Estévez, P. (2018). Rebelión y cambio. El movimiento estudiantil en Sonora 1967, 1967-1973. Garabato.
- Favel, M. (2005). Cambios en el sistema político y en la protesta social en México, 1946-2000: interacción entre instituciones y acción social. *Estudios Sociológicos*, 23(68), 535-559.
- Harvey, D. (2012). *Rebel Cities: From the right to the City to the urban Revolution*. NY. Verso.
- Inclán, M. (2017). A la sombra de Sidney Tarrow. Conceptos básicos para el estudio de los movimientos de protesta. *Política y gobierno*, 1, 189- 212
- Jelin, E. (2002). *Memorias de la represión: trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Jelin, E. (2010). ¿Qué papel cumplen los espacios para la memoria en nuestra sociedad? *En Heinrich Böll Stiftung*, 1, 44 -56.
- Jelin, E. y da Silva, L, (comps) (2002). *Memorias de la represión: Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Jelin, E. y Langland, V., (comps) (2003). *Memorias de la represión: Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Jelin, E. y Sempol, D. (2006). *Memorias de la represión: El pasado en el*

- futuro. Los movimientos juveniles. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Kansteiner, W. (2002). Finding Meaning in Memory: A Methodological Critique of Collective Memory Studies. *History and Theory*, 41(2), 179-197.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of Space*. Oxford. Basil Blackwell Ltd.
- Schwarzstein, D. (2002). Memoria e Historia. *Desarrollo Económico*, 47, 469-482.
- Tarrow, S. (1983). *Struggling to reform: Social Movements and policy change during cycles of protest*. Center for International. Studies, Cornell Univ.
- Tarrow, S. (1989). *Democracy and Disorder Protest and Politics in Italy 1965 – 1975*. Oxford University Press.
- Tarrow, S. (2011). *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*. Cambridge University Press.
- Umaña L. (2014). Las representaciones sociales sobre el Zócalo de la Ciudad de México como espacio para la protesta. Estudio etnográfico en el contexto electoral de 2009. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, 1, 73-95.
- Verdugo, J. (1999). *Una reflexión sociohistórica de los movimientos estudiantiles en la Universidad de Sonora (1967-1992), a partir de la imagen fotográfica y el testimonio oral*. Editorial Unison.

Entrevistas

- Entrevista a Aarón Grageda, realizada por Daniel Ceceña Aispuro, Hermosillo, Sonora, Enero 8 de 2018.
- Entrevista a José Luis Soto, realizada por Daniel Ceceña Aispuro, Hermosillo, Sonora, Febrero 11 de 2020.
- Entrevista a Leticia Aispuro, realizada por Daniel Ceceña Aispuro, Hermosillo, Sonora, Febrero 13 de 2020.
- Entrevista a Lorenia López, realizada por Daniel Ceceña Aispuro, Hermosillo, Sonora, Enero 7 de 2018.

